

Voltaire rechaza con todas sus fuerzas la blasfemia de Hobbes de que la guerra es el estado natural de la humanidad. «Si así fuera, dice, los hombres se degollarían, hace mucho tiempo que no existiríamos. Nos hubiera sucedido lo que sucedió á los hombres nacidos de los dientes de la serpiente de Cadmo; se batiéron y no quedó ninguno. Si el hombre hubiese nacido para matar y para ser matado, realizaria necesariamente su destino, como realizan el suyo los buitres comiéndose nuestros pichones y las fuinas chupando la sangre de nuestras gallinas» (1).

Si la guerra no está en la naturaleza del hombre ¿qué es, pues? Un crimen, responde Voltaire; y da esta respuesta, al escribir el *Elogio fúnebre de los oficiales muertos en 1741*: «Débiles é insensatos mortales, razonamos tanto acerca de nuestros deberes y hacemos resonar incesantemente nuestros templos con nuestras quejas y nuestras condenas... ¿Qué voz encargada de predicar la virtud se ha levantado nunca contra ese crimen tan grande y tan universal, contra ese furor destructor que convierte en fieras á los hombres nacidos para vivir como hermanos, contra esas depredaciones atroces, contra esas crueldades que hacen de la tierra una caverna de bandidos, un inmenso sepulcro?»

Creeríase que la consecuencia forzosa de esta doctrina es la alianza de los pueblos y la paz perpétua. A veces parece que Voltaire participa de las ideas del abad de Saint-Pierre. Escribe á Federico que siempre ha esperado la paz perpétua, como si fuera un bastardo de Saint-Pierre (2). Pero si Voltaire aplaudía ingenuamente los proyectos de paz perpétua, su buen sentido le hacía ver todo lo que tenían de impracticable los que hasta entonces se habían presentado. El gran proyecto que Sully atribuye á Enrique IV le parece una broma (3). Voltaire critica «la paz imagina-

(1) *Diálogos*, xxiv, Conferencias 3.^a y 11.^a

(2) *Correspondencia con Federico*, 1742, núm. 187.—*Correspondencia general*, 1768, núm. 3285.

(3) «Trastornar toda la Europa para introducir en ella una paz perpétua, cambiar todas las dominaciones para hacerlas iguales, sustituir un interés general á los intereses de cada país, tener una ciudad comun, un ejército comun, una hacienda comun. Semejante novela no era buena más que para la comedia del *Pottier d'étain* ó de *Sir Politick*. Puede ser que Enrique IV y el duque de Sully se hubiesen entretenido alguna vez en hablar de esta novela, pero lo que aparece

da por Saint-Pierre», quimera que no se realizará entre los príncipes, como no se realiza entre perros y gatos. «Los animales carniceros se devoran siempre que tienen ocasión.» Cuando Rousseau publicó el proyecto del buen abad, Voltaire escribió su *Rescripto del emperador de la China*: «Para asegurar mejor la obra de la paz perpétua, reuniremos á nuestro santo padre el gran lama, nuestro santo padre el gran dairi, nuestro santo padre el mufti y nuestro santo padre el papa, los cuales se pondrán fácilmente de acuerdo mediante las exhortaciones de algunos jesuitas portugueses.... Nuestros plenipotenciarios prevendrán á todos los soberanos que no tengan nunca disputa alguna, so pena de un folleto de Juan Jacobo por la primera vez, y de ser desterrado del universo á la segunda.»

Los sentimientos pacíficos de Voltaire y la sátira que hace de la paz perpétua no están en contradicción. Desea la paz, pero la cree irrealizable, porque la guerra, como todos los males que afligen á los hombres, le parece un mal inevitable. En el poema sobre el desastre de Lisboa, dice: «Elementos, animales, todo está en guerra.» En otra parte desarrolla esta idea, reproducida por De Maistre en el siglo xix: «El aire, la tierra y el agua son campos de destrucción.» La guerra es pues un hecho general en la humanidad. En su *Ensayo sobre las costumbres*, Voltaire dice que es el azote y el crimen de todos los tiempos y de todos los lugares y que el universo es una vasta escena de piratería (1). Si la guerra es un hecho universal, necesario, ¿qué toca hacer al filósofo? De Maistre ha deducido de aquí su horrible doctrina del sacrificio por la sangre; Voltaire ve el mal, pero conoce que el hombre está llamado á combatirlo para disminuir sus horrores. Nunca se ha hecho guerra más viva á la guerra. El gran crítico la hace á su manera: cubre de ridículo á los que habían usurpado el monopolio de la gloria.

Cuando Voltaire no se burla, ataca. En una parte llama á los conquistadores *ilustres matadores*; en otra los equipara á los ladro-

ser falso es que hayan tomado en serio semejante idea.»—*Fragmento sobre la historia*, art. 17.

(1) *Diccionario filosófico*, en la palabra *Guerra*.—*Ensayo sobre las costumbres*, c. 151 y 191.

nes de los caminos reales y á los filibusteros (1). No trata mejor á los soldados. Al escribir el *elogio de los oficiales muertos en la guerra de 1741*, dice: «Desde las orillas del Po hasta las del Danubio, por todas partes bendicen las banderas bajo las cuales marchan millares de matadores mercenarios, á quienes la sed de desórdenes, libertinaje y rapiña ha hecho abandonar sus campos..... Considerados en conjunto, marchando con orden bajo un gran capitán, forman el espectáculo más vistoso é imponente del universo; tomado aparte cada uno en la embriaguez de su brutal frenesí, son la hez de las naciones.»

¿Por qué causa se derrama continuamente sangre en el mundo? «Un genealogista demuestra que un príncipe desciende en línea recta de un conde, cuyos parientes habian hecho un pacto de familia, hace tres ó cuatrocientos años, con una casa cuya memoria ya no se conserva. Esta casa tenía pretensiones indirectas sobre una provincia cuyo último poseedor ha muerto de apoplejía. El príncipe y su consejo ven su derecho con evidencia. La provincia que se halla á algunos centenares de leguas de distancia, protesta que no le conoce, que no quiere ser gobernada por él; nada de esto llega á oídos del príncipe, cuyo derecho es incontestable. Inmediatamente encuentra un gran número de hombres que no tienen nada que perder; los viste con un paño azul á seis cuartos la vara, adorna sus sombreros con unos cordones blancos, les hace dar media vuelta á la derecha y á la izquierda y los envía á la gloria. Los demás príncipes que oyen hablar de esta expedición toman parte en ella, cada cual según su poder, y cubren una pequeña extensión de territorio, con más matadores mercenarios que los que llevaron consigo Gengiskan, Tamerlan y Bayaceto» (2).

(1) *Odas*, XVI, XV.—*Ensayo sobre las costumbres*, c. 152.—*Diccionario filosófico*, en la palabra *Gobierno*.

(2) *Diccionario filosófico*, en la palabra *Guerra*.—En su novela *El Mundo tal cual es*: «Babou encuentra al ejército persa que iba á combatir al ejército indio. Pregunta á un soldado cuál es el motivo de la guerra: «Lléveme el diablo, dice el soldado, si sé una palabra ni me importa; mi oficio es matar y dejar que me maten, para ganarme la vida; no me importa saber á quien sirvo.»—Un capitán, á quien preguntó el motivo de la guerra, respondió: «¿Cómo quereis que lo sepa? Y además, ¿á mí qué me importa? Busco, según mi costumbre, la fortuna ó la muerte, puesto que no tengo otra cosa que hacer.»—Por fin, los generales

¿Qué es, pues, el derecho de la guerra de que habla Grocio? «El derecho de la paz, dice Voltaire, si que lo conozco; consiste en cumplir su palabra y dejar que todos los hombres disfruten de los derechos de la naturaleza; pero en cuanto al derecho de la guerra, no sé lo que es. El código de matar me parece una extraña ocurrencia. Espero que pronto nos darán la jurisprudencia de los ladrones de caminos reales» (1). Si Grocio busca las leyes que rigen la guerra, es porque cree que hay guerras justas. Voltaire dice que nunca las ha visto de esta especie, y que esto le parece contradictorio é imposible. Critica á Montesquieu, que sostiene que la guerra ofensiva puede ser justa, «cuando un pueblo ve que otro pueblo inmediato prospera, y que una paz más larga pondría á este pueblo en estado de destruirlo, siendo el único medio de evitar esta destrucción el atacarlo en el acto.» Voltaire se indigna contra semejante doctrina. «Si fuese Maquiavelo quien dirigiese estas palabras al bastardo del abominable Alejandro VI, no me extrañaría. Es el *Espíritu de las leyes* de Cartouche. Pero ¿que esta máxima sea de un hombre como Montesquieu! No acaba uno de dar crédito á sus ojos. Si hay alguna guerra injusta es la que se propone ir á matar al prójimo, de miedo que el prójimo, que no nos ataca, llegue á estar en estado de atacarnos: es decir, que aventuramos la ruina de nuestro país, con la esperanza de arruinar sin razón el de los demás» (2). ¿No deben considerarse al ménos como justas las guerras defensivas? Voltaire responde «que

le explican las causas de la guerra que hace más de veinte años viene arruinando el Asia. La cuestión empezó por una disputa entre un eunuco de una mujer del gran rey de Persia y un oficial de una oficina del gran rey de las Indias. Tratabase de un derecho que equivalía próximamente á un treintavo de dárica. El primer ministro de las Indias y el nuestro sostuvieron dignamente los derechos de sus señores. La cuestión se fué animando. Pusiéronse en campaña por ambas partes un millón de soldados. El sostenimiento de este ejército cuesta todos los años más de 400,000 hombres. Las matanzas, los incendios, las devastaciones van aumentando; el universo sufre y el encarnizamiento sigue. Nuestro primer ministro y el de las Indias protestan con frecuencia que todo lo hacen para mayor felicidad del género humano, y á cada protesta acompañan nuevas destrucciones de ciudades y provincias.»

(1) *Diálogos*, XXIV, Conferencia 11.^a

(2) Comentario al *Espíritu de las leyes*.—*Diccionario filosófico*, en la palabra *Guerra*.

no hay en este mundo más que guerras ofensivas, porque la defensiva no es más que la resistencia á los ladrones armados.» En definitiva, Voltaire no encuentra más que una causa que legitime la guerra: « Si el cielo la permite, es por la libertad.»

Voltaire seguía correspondencia con un príncipe guerrero. Se le acusa de haber adulado á los grandes para procurarse su amistad. Si alabó las hazañas de Federico, nunca fué á costa de sus convicciones. Mientras Federico fué príncipe heredero, Voltaire alimentó la ilusión de que sería un rey filósofo, « un rey que pensase como hombre y que hiciese felices á los hombres.» Cuando Federico fué llamado al trono, Voltaire no quemó incienso á sus piés, como acostumbran los aduladores de corte; le dirigió bellos versos acerca del papel civilizador que le esperaba. Los reyes cristianísimos seguían jurando á fines del siglo XVIII el exterminio de los herejes. Voltaire dice á Federico que jure en sus manos:

De protéger les arts et d'aimer les humains.

Proteger las artes y amar á los hombres. El filósofo pone en guardia al jóven rey contra la falsa gloria:

*« Le conquérant est craint, le sage est estimé ;
Mais le bienfaisant charme, et lui seul est aimé,
Lui seul est vrai roi ; sa gloire est toujours pure,
Son nom parvient sans tache á la race future.
A qui se fait chérir, faut-il d'autres exploits ? » (1).*

El conquistador es temido, el sabio es estimado; pero solamente el que hace bien es amado. Este es el verdadero rey; su gloria es siempre pura, su nombre pasa sin mancha á la posteridad. El que se hace querer ¿ qué más hazañas necesita ?

¡ Ojalá todos los príncipes tuvieran aduladores como Voltaire! Se engañó grandemente respecto del *Salomon del Norte*. El primer acto del jóven rey fué invadir la Silesia. ¿ Renegará Voltaire de sus creencias para estimular al conquistador? Si alaba su glo-

(1) *Epistola LXXXIII.*

ria militar es para tener el derecho de predicarle la humanidad y la paz (1).

En su correspondencia le llama *Vuestra humanidad*, para recordarle incesantemente los deberes que le impone su cualidad de hombre: « Yo pienso en la humanidad, señor, ántes de pensar en vos mismo; pero despues de haber llorado, como el abad de Saint-Pierre, por el género humano, de quien sois el terror, me entrego á la alegría que me causa vuestra gloria. Continúad, señor, pero haced tantos felices en este mundo como habeis quitado de él; que mi Alejandro se convierta en Salomon lo más pronto posible » (2). En sus poesías, lo mismo que en sus cartas, Voltaire invitó incesantemente á Federico á dar la paz á Europa (3).

(1)

*Je hais les conquérants....
Plus leur gloire a d'éclat, plus ils sont haïssables.
O ciel! que je vous dois haïr!
Je vous aime pourtant....
Vous êtes un héros, mais vous êtes un sage:
Votre raison maudit les exploits inhumains
Où vous força votre courage....
Je vous pardonne tout, si vous en guérissez.*

Odio á los conquistadores.... cuanto más brilla su gloria más detestables son. ¡ Oh cielos! ¡ Cuánto debo odiaros! Y sin embargo os amo.... Sois un héroe, pero sois también un sabio: vuestra razón maldice las hazañas inhumanas á que vuestro valor os ha arrastrado.... Todo os lo perdono si os arrepentís. (*Epistola c.*)

(2) *Correspondencia con Federico*, 1742, núm. 182.

(3)

*« Vous dont le bras terrible a fait trembler la terre,
Rassurez-la par vos bienfaits,
Et faites retentir les accents de la paix
Après les éclats du tonnerre.
Que la barbare Até, que la haine cruelle,
Que la discorde et ses enfants,
Enchaînés á jamais par vos bras triomphants
Entendent vos aimables chants!
Qu'ils sentent expirer leur fureur mutuelle
Que l'horreur vous écoute et se change en douceur.
Que le ciel applaudisse et que la terre unie
Aux concerts de votre harmonie
Dise, je lui dois mon bonheur. »*

« Vos, cuyo brazo terrible ha hecho temblar la tierra, tranquilizadla con vuestros beneficios, y haced resonar los acentos de la paz, despues del estampido del trueno. Que la bárbara Até, el odio cruel, la discordia y sus hijos, encadenados para siempre por vuestros brazos triunfantes, oigan vuestros amorosos cantos. Que sientan espirar su mutuo furor; que el horror os escuche y se convierta en dulzura. Que aplauda el cielo y que la tierra, uniendo su voz á los conciertos de vuestra armonía, diga: le debo mi felicidad. » (*Epistola CII.*)

Cuando *Voltaire* echó de ver que el *Salomon del Norte* no deseaba la humanidad de la paz más que en sus cartas, le reprendió sus guerras con dureza :

«*Je ne vois plus en toi qu'un guerrier effréné
Qui, la flamme à la main, se frayant un passage
Désolé les cités, les pille, les ravage,
Foule les droit sacrés des peuples et des rois,
Offense la nature et fait taire ses lois.*»

No veo ya en tí más que un guerrero desenfrenado que, con la tea en la mano, se abre paso, desolando ciudades, saqueándolas y destruyéndolas; que huella los sagrados derechos de los pueblos y de los reyes, ofende á la naturaleza y hace enmudecer sus leyes.

«¿No habeis de cesar nunca, le escribe, vos y los reyes vuestros colegas, de asolar esta tierra que, segun decís, teneis tantos deseos de hacer feliz?» Acabó por burlarse de la oposicion constante que aparece entre sus palabras y sus actos. Federico habia remitido á *Voltaire* una oda contra la guerra: «Vuestra Majestad, responde *Voltaire*, hace buenos versos, pero se burla del mundo» (1).

Hemos dejado la palabra á *Voltaire*, sin mezclar nuestras reflexiones con las suyas, á fin de dar al lector el medio de apreciar por sus escritos al hombre á quien los católicos persiguen con un ódio eterno. Compárese su doctrina con la de los escritores que le precedieron, y se le encontrará superior á todos ellos. Tiene sobre *Bossuet*, y aún sobre *Fenelon*, la superioridad que las aspiraciones del porvenir dan sobre las creencias de lo pasado. *Voltaire* no tiene todavía más que aspiraciones; pasa toda su vida luchando; su mision es destruir y la lleva á cabo con encarnizamiento. Pero no destruye por destruir; se inspira en una creencia nueva que ha de reemplazar á las antiguas creencias, y á esta fe la llama humanidad. Es un sentimiento más comprensivo que la caridad de los cristianos: *Voltaire* hace extensiva su afeccion á todos los hombres, porque son hombres, de la misma manera que comadece todos los sufrimientos, porque es hombre. Entre los males

(1) *Epistola* CCCLXXIII.—*Correspondencia con Federico*, números 180, 229.

que más le irritan se encuentran los que nacen de la opresion, de la fuerza. ¿Es culpa suya si entre los opresores encuentra á la Iglesia y le hace una guerra implacable? Guerra santa, porque la hace en nombre de la libertad y de los derechos del hombre. Lo que prueba que no es el ódio quien le dicta sus ataques, es que no trató mejor á los reyes que á la Iglesia; y, sin embargo, cuenta algunos señores de la tierra entre sus amigos y aliados. Hay en él una pasion más fuerte que sus antipatías y sus simpatías, y es el amor de la humanidad. Si este amor no hubiese sido robustecido por el dón del genio, hubiese venido á parar en vagas especulaciones como en el abad de *Saint-Pierre*. Su admirable buen sentido le salvó de aquellos extravíos. Pero sin dejar de creer eterno el mal, porque éste es uno de los caracteres de la imperfeccion humana, *Voltaire* conoce que el hombre debe combatirlo, y en esta lucha gloriosa no hay gloria más grande ni más pura que la suya.

N.º 2.—*Los espiritualistas.*

I.

Los filósofos del siglo XVIII tienen mala fama; se los llama materialistas, y esta vaga acusacion alcanza indistintamente á todos los escritores, á *Rousseau* y á *Helvecio*, á *Mably* y á *Condillac*, á *Diderot* y á *d'Holbach*. Debemos desconfiar de los defectos que los hombres del pasado inventan para desacreditar á los enemigos de la Iglesia. Unas veces imputan el ateismo á escritores que tienen más religion que ellos, otras veces el panteísmo; para atacar al siglo XVIII han imaginado el materialismo. Sin embargo, *Voltaire*, el representante por excelencia de aquella grande época, es el defensor ardiente de Dios y de la inmortalidad del alma; *Rousseau* es el hombre del sentimiento religioso; *d'Alembert*, *Mably*, *Condorcet*, hacen poco caso de las obras de los materialistas. Hay más; en otra parte diremos que, aún en el seno de la escuela que enseña que el alma es una modificacion del cuerpo, hay que hacer muchas reservas, y que hay materialistas más religiosos que los santos personajes que los condenan encastillados en su orgullosa